

—Ah! ah! exclamó el desconocido riéndose; te han hecho prometer que no dirías nada.... El zorro no gusta de dejar pista tras de sí.... No es eso?

—No comprendo á vuestra escelencia, respondió Battista.

—No?... y si te abriera la inteligencia con esto, camarada?

Y empuñó su carabina.

—Ah! monseñor! exclamó Battista, no soy mas que un pobre diablo..... Tened piedad de mí!.....

El desconocido prorumpió en una carcajada.

Era un hombre de una estatura muy elevada, cinco piés y ocho pulgadas por lo menos, y construido como un Hércules.

—Vaya! replicó el incógnito; yo no tengo necesidad de mostrar mi anillo de hierro.... Pero, no tengas cuidado, camarada; sé de dónde viene el peregrino..... llega en línea recta del hospital, y volverá allá!.... Guárdate de esos rostros pálidos.... Un hombre leal, tiene siempre sangre bajo la piel!.....

Y tendió la mano á Battista, que estaba aún tembloroso.

—Yo no hago ninguna cruz en la palma de la mano, dijo, ni hablo del hierro, ni de la fé, ni del carbon, ni de la conciencia, ni de los pícaros.... Tomo simplemente la mano de un chico, y la estrecho—un poquito!....

Battista lanzó un grito de dolor; tan violenta así fué la presion.

El gigante volvió á prorumpir en una nueva carcajada.

—No hay peligro de que se me desobedezca, cuando se ha sentido eso.... Vuelve grupas, camarada.... tu mujer comerá hoy la sopa sin tí!....

—Y por qué, escelencia? preguntó tímidamente el postillon.

—Porque vas á esperarme aquí cerca, al pié de la subida, paseándote como un buen muchacho, ó durmiendo en tu pescante.... Vengo de lejos, y estoy cansado..... No me parezco al viejo zorro yo.... Si alguno te pregunta por quién estás allí, responderás: "por el capitán"..... ya se sabe lo que eso quiere decir. No hay mas que un capitán, no hay mas que un Porporato!.... A media noche mi quehacer habrá concluido, y entonces me llevarás á Monte-Fama..... Dios te bendiga!

El gigante acomodó de nuevo su carabina sobre la espalda, y se perdió entre los bosquecillos que cubrían los bordes del camino.

El pobre Battista se quedó aturdido en el mismo lugar.

Luego, con la cabeza baja y un aire resignado, arrendó sus caballos con direccion al convento del Corpo-Santo.

—Vamos, pobres animalitos, dijo, paciencia!.... Es duro esperar hasta media noche..... Pero de veras que dá gusto ser calabrés, cuando vé uno un bandido tan hermoso....

V.

EL CABALLERO DE ATHOL.

MIENTRAS todo esto pasaba, el jóven y hermoso viajero que habia venido de Palmi en el cabriolé al lado de Battista, habia descendido la escalera de rocas que conducia á la playa, y marchaba rápidamente llevando bajo el brazo su maleta y su capa.

Hay gentes que han nacido para la lucha, y han sido armados por la naturaleza, como esos finos navíos que la política de los Estados y la especulacion privada, destinan para que vuelen sobre los mares.

Nada hay descuidado ó mal hecho en la construccion de estas altivas embarcaciones, que no deben llevar encima mas que hombres y pólvora. Ninguna superficie inútil por fuera; por dentro, ningun espacio perdido.

Los navíos apresados deberán seguirle á remolque; el botín no debe entrar á bordo.

Los navíos apresados le seguirán, con sus amplios costados en donde se hallan amontonados el alóes ó el sándalo, la pimienta, la canela, la cochinilla, el añil, todos los colores, todos los perfumes, todas las especies de la India.

Es preciso que sean anchos, muy anchos esos otros navíos que deben contener mucho, y no saben ¡ay! defenderse.

El tiempo de las guerras del Imperio, Surcouf, con su brick que portaba seis cañones y cuatro carronadas, cautivaba flotas enteras....

Aquel jóven que atravesaba la playa con un paso ligero y firme, co

la cabeza elevada, tenía algo en sí que le clasificaba en esa familia de predestinados, los hombres de presa.

Era bello como lo son los aventureros. Era, la suya, una cabeza de águila con ojos hechos para mirar el sol.

Acababa de quitarse el sombrero de anchas alas, y sus cabellos rizados, de un castaño oscuro, con reflejos rojizos, flotaban en torno de su cuello descubierto, un cuello blanco, pero musculoso, modelo de vigor y de gracia.

Una chaquetilla de terciopelo negro apretaba su esbelto talle, y caía formando numerosos pliegues sobre sus *calzoni* de paño de seda negro, que iban á perderse entre unas botas de cuero de Sienna, que le subían hasta la mitad de la pantorrilla.

Nuestros cómicos desagraciados han deshonrado un poco ese traje, que es noblemente coqueto y fanfarron—cuando no lo usan los cómicos.

Un cinturón de seda negro, envuelto flojamente en torno de la chaquetilla, soportaba dos pares de pistolas con mango de ébano.

El uso de armas visibles ha sido tolerado en las Dos Sicilias, hasta el reinado de Francisco.

De dónde venía ese jóven? A dónde iba? Tenía un objeto bien marcado, ó era uno de esos jugadores que siguen por sistema la corriente del destino?

Meditaba, y se sonreía meditando. Sus labios, sombreados por un fino bigote castaño oscuro, se entreabrían, mostrando la deslumbradora blancura de sus dientes, que parecían tallados con buril en alabastro. Su mirada vagaba entre los espacios de la mar Tyrrheniana.

Contemplaba el espacio? lo veía? Estaba allí para esperar una de esas barcas lejanas, cuya vela parecía apenas un punto blanquísimo en el horizonte?

Se sonreía con el pasado? con el porvenir?.....

Su frente era orgullosa y altiva. Una inteligencia atrevida brillaba en el conjunto de su rostro. Pero, de una vez—voy á deciros lo que allí había.

Era esa virtud suprema del hombre que debe subir fatalmente, como el plomo descende al fondo del agua; era esa cualidad soberana de los elegidos de la vida mortal, ese don que hace los dichosos en amor, en la guerra, en todas partes: la soberbia, el desdenoso descuido.

Esto—el descuido—es casi una injuria en el mezquino lenguaje de nuestras conversaciones.

Pero, desconfiad mucho de las cosas que desdeña nuestro degradado lenguaje comun.

El descuido es un modo de ser de la fé. El es el que hace á los aventureros atrevidos y á los hombres fuertes!

Ved, por ejemplo, á ese Porporato, cuya gloria llenaba positivamente todo el reino de Nápoles.

Se hablaba de él en el fondo de las campiñas, como en las ciudades, y no eran las potres muchachas del pueblo las que escuchaban con mas avidez la historia de sus estrañas aventuras.

Y era, de veras, un hermoso bandido!

Un bandido, grande como Robin-Hood; fuerte como Rob-Roy!

Nosotros los franceses no conocemos mas que á Mandrin y Cartouche, unos pícaros.

No se le ha ocurrido jamas á nuestros poetas poner en escena á esos mezquinos criminales.

Pero en Alemania, Schiller hizo *Los Bandidos*, con el recuerdo de Zaun, de Schubry y de Shinderhannes; y en Inglaterra, Walter-Scott encontró en Rob-Roy una frente digna de su inmortal pincel; y en Italia....

Oh! he aquí el pais de los Cacos modernos! El Apennino produce bandidos, como el Líbano cedros!

Y en medio de los bandidos del Apennino, el Porporato era como el cedro en medio de los humildes arbustos que su sombra sofoca!

Nadie sabia su verdadero nombre!

Le llamaban el Porporato, á causa de su casaca color de púrpura, cuya vista sola ponía en fuga á los gendarmes y á los carabineros.

Era el hombre de la púrpura! era el astro sangriento de la Sila!

La primera vez que se vió la pluma roja de su fieltro, y que se oyó el ruido de su carabina, fué en Lago-Negro. Había un cadalso levantado. El sacerdote exhortaba á morir á Giovanni Bertuzzio, un proscrito de cabellos blancos.

De pronto el sonido de una trompa descendió del campanario de una iglesia vecina. La multitud se abrió, como la mar al choque de una proa. Los guardias y los soldados cayeron, ó echaron á huir!

Giovanni, que estaba ya sobre la plataforma fatal, con las manos ligadas, con la cuerda al cuello, fué levantado en brazos por un jóven de rostro altivo, cuyo talle gracioso estaba cubierto con una casaca roja.

—“Bravo, Porporato” gritó la multitud entusiasmada.

Se le quedó el nombre.

La casaca púrpura adquirió su lugar entre esos astros radiantes que tachonan la montaña italiana.

Al dia siguiente, el sub-intendente de Lago-Negro puso á precio la cabeza de Porporato.

Al subsiguiente día, en medio de un baile, el Porporato fué á llevar su cabeza al prefecto, en cambio del premio prometido. Obtuvo el premio, y se llevó su cabeza. Junto con su cabeza y el premio se llevó además los diamantes del prefecto, su caja, y si hemos de creer lo que dicen, á su jóven esposa también, á la cual devolvió sin rescate.

La *signora* no se quejó jamás de esta aventura. Y durante mucho tiempo, suspiró mirando la montaña!

Varios regimientos fueron enviados contra aquel jefe, cuyo renombre, nacido ayer, llenaba ya los Principados. Hubo dos batallas campales al pié del Apennino.

Y no fué el Porporato quien quedó vencido!

Desde este momento las canciones y los romances se ocuparon de él. Con su solo nombre resonaban las guitarras. Desde el Abruzzo, hasta la estremidad de las Calabrias, todas las *donne* soñaron con su plumero rojo.

Hacían de su belleza seductoras descripciones; era el retrato juvenil de Rafael Sanzio, con sus luengos cabellos, que caen en torno de una frente angelical! Y cuando el humo de la pólvora cargaba la atmósfera, entonces era el rayo vivo!

Tenia un castillo en la montaña. Dios sabía en dónde, Dios y algunas bellas *signore*, que no querían decir cuál era el camino!

El príncipe Francisco de Borbon, heredero del trono de Nápoles, hubiera envidiado aquella radiante mansión.

Estaba en el fondo de esos risueños valles, que ocultan á veces las ásperas cumbres del Apennino. Había un hermoso lago en donde se reflejaban los limoneros y los granados cargados de flores. Había un palacio griego, de mármol de Sarraveza, color de rosa; columnatas aéreas, jardines deliciosos, bosquecillos sombríos, como los que circundan el templo de Vénus en Cytterea.

Y en el interior, decían, había tesoros inmensos!

La compañía del Porporato, compuesta de treinta hombres escogidos, era, si hemos de dar crédito al rumor popular, invencible é imposible de encontrársela, como su jefe.

Los otros bandidos del Apennino habían hecho inmensos esfuerzos por reunirse con él; pero él había desdeñado su alianza.

Una cosa estraña, y que hallaba cabida en las mil leyendas que circulaban sobre ese sér misterioso, es que su poder no se limitaba á la tierra. Así como los reyes tienen flotas para ir á buscar á sus enemigos mas allá de la mar, del mismo modo el Porporato tenía su marina.

Bien lo sabía el gobernador de Palermo, él, que una vez vió su ciudad saqueada, en la mitad del día, solo porque se había vanagloriado

en la corte de Nápoles, de conducir al Porporato, atado de piés y manos, á la prision de Castel-Vecchio.

Aquel día, una barca elegante y que parecía mecerse al viento, fué á cruzar, casi bajo el muelle de Palermo. Encima de la cubierta había una rica tienda, bajo la cual los curiosos pudieron ver á multitud de caballeros y de damas, alegremente sentados en torno de una mesa servida.

En el centro estaba un jóven que vestía una casaca púrpura.....

Pero por qué hablar de bandidos á propósito de Athol? Es cierto que él se había informado del Porporato; pero esto era una cosa tan común.....

No se hablaba mas que del Porporato!

Qué podía haber de común entre un bandido y aquel hermoso jóven, de mirada, tan pronto brillante de alegría, tan pronto meditabunda?

No lo sabemos. Lo cierto, helo aquí: aquel bello Athol era evidentemente de esos que no hacen las cosas á medias.

Era ángel ó era diablo; pero nunca un término medio.

El sol, en los tres cuartos de su carrera, se inclinaba hácia el horizonte detrás de las islas de Eolo, que parecían nadar en un mar de fuego líquido.

La brisa de la tarde comenzaba á levantarse, y sobre el azul oscuro del cielo, se dibujaba hácia el Sudeste el perfil de la luna creciente.

Athol meditaba y se sonreía:

Y decía, mirando aquellos resplandores del cielo y de la mar.

—Puesto que ella es rica, puesto que ella es grande, yo seré rico y seré grande..... lo quiero!.... aun cuando no fuese mas que por un solo día!..... Príncipe, para que ella sea mi princesa!.... Y ese día viviré por toda mi vida!

Estaba en medio de la estrecha playa, á dos ó trescientos pasos de las cabañas de los pescadores, que estaban pegadas á las rocas.

Se detuvo, y su hermoso rostro tomó una espresion de altivo desafío:

—Un día?..... repitió; y por qué no un siglo, si yo lo quiero?....

Sacó del seno una carterita forrada de terciopelo, y de dentro de la cartera una rosa seca.

Su voz había cambiado cuando murmuró:

—Era necesario ese nombre para esa hija del cielo!.... Angélica! Angélica!

La flor temblaba en sus manos con la brisa de la mar. Una de sus hojillas se desprendió y comenzó á revolotear.

Athol se puso pálido.

La hojilla arrebatada por el viento, giró un instante, y luego fué á

caer entre la mar, en donde comenzó á vogar, pequenísima nave imponderable, sobre las espumosas olas.

Athol se metió resueltamente en el agua, vestido como estaba. No queria perder aquella partícula de su querido tesoro.

El nombre de Angélica salia de sus lábios.

Parecía; tan supersticiosa así es la pasion, que aquello era un símbolo.

Se decia á sí mismo:

—Si la pobre hojilla, la pobre hojilla que me ha arrebatado el viento, se hunde, adios esperanzas mias! . . . mi amor no será dichoso!

Y corria tras de la hojilla, mientras que las ondas hacian ya flotar las franjas y flecos de su cinturon.

La hojilla, mecida por las ondas, iba y venia y volvia á irse, vírgen aún de toda humedad en el interior, y no tocando el agua sino por un solo punto de su curva exterior.

Athol procuraba cogerla. La tenia casi al extremo de su mano, suspendia el aliento para hacer un esfuerzo, pero la hojilla, la concha ligera y rosada, parecia burlarse de su afan, y huia ligera, coqueta, caprichosa . . .

El viento otra vez, el viento levantó de encima de las olas un átomo de espuma, y vino á depositarlo encima de la hojilla, que tembló.

Athol se estremeció; él, que no habia palidecido nunca al ver la muerte en torno suyo! él, que no habia tenido nunca para el peligro mas que desdeñosa sonrisa!

Se lanzó. La hojilla de rosa naufragaba; era una barca sobrecargada!

Athol la cogió en el momento en que iba á hundirse.

Y en su alegría lanzó un grito.

Oh! los enamorados! con eso no se habia salvado todo en efecto?

Reunió triunfalmente la hojilla reconquistada, con la rosa, y cerró la cartera de terciopelo.

Luego, mirando al sol, al que dejaba el cuidado de secar sus vestidos:

—Ya es tiempo! murmuró; no tenemos mas que dos horas de luz! . . .

VI.

UNA NOCHE EN LAS RUINAS.

ATHOL puso la mano, formando visera encima de sus ojos, y miró la alta mar atentamente.

—El viento es contrario, pensó, y no tenemos mas que dos horas . . .

Se dirigió con un paso rápido hácia la pequeña aldea formada por las cabañas de los pescadores.

Sus pensamientos habian variado. Un fuego sombrío ardia al presente en sus ojos.

—Pero por qué voy por este camino, mejor que por otro? se decia á sí mismo. No lo sé . . . pero hay aquí un secreto . . . Algo mas fuerte que mi misma voluntad me arrastra por este camino . . . lo que no sé, lo sabré!

La puerta de la primer cabaña estaba abierta de par en par.

Entró á ella.

Estaba vacía, solitaria.

Salió, para introducirse en otra, que estaba igualmente desierta.

Llamó. Nadie le respondió.

En la tercer cabaña, en torno de la cual florecia un pequeño jardin, habia una pala y un pico.

Gritó de nuevo—y obtuvo siempre la misma respuesta. Como se admirase de este silencio, se le ocurrió un pensamiento.

—Hoy es el quince de Octubre, se dijo á sí mismo; ya sé en dónde están . . .

No teniendo ya ninguna esperanza de hallar á quien hablar, tomó la pala y el pico, porque esto era precisamente lo que habia ido á buscar allí, y dejó en cambio sobre una mesa, una onza de oro de á seis ducados.

Hecho esto, emprendió de nuevo su camino hácia el Norte, llevando siempre su maleta bajo el brazo.

No encontró ni una alma desde la aldea hasta la choza del guarda-costa, que señalaba la entrada, á la playa del riachuelo.

—He aquí nuestro negocio! murmuró. Pobre Monteleone! pobre santo!..... Si yo hubiera tenido un padre semejante!.....

En vez de dar vuelta á la roca que forma la punta de aquella especie de calzada natural, cuyo obstáculo obliga al Brentola á correr al sesgo hasta la playa, escaló la roca, y se puso á mirar á su alrededor muy atentamente.

A su derecha, el rio, encajonado, corria silenciosamente entre las espadañas; á su izquierda, por el contrario, formaba un ancho abanico compuesto de una gran cantidad de hilos de agua, que iban á perderse entre la arena.

—A un cuarto de legua de aquí, pensó, encontraré la obra de la presa y de las fraguas..... ruinas sin duda..... pero en fin, será algo.... aun cuando el diablo se empeñe en lo contrario!

Antes de abandonar el pequeño promontorio, entró en la cabaña, y se sentó sobre una piedra que el pobre guarda-costa habia puesto allí sin duda para pasar mas cómodamente sus horas de centinela.

Desde aquel punto se dominaban la mar y las islas.

—Hay muchos caracoles, murmuró nuestro hermoso Athol, que desearian una existencia semejante..... Pero desde aquí oigo ya al pobre diablo, cuyo lugar estoy ocupando..... debe decirse á sí propio para disculparse: "Es preciso vivir!" Estraña paradoja!..... Prefiero á esos frailes austeros que van repitiendo: "Es preciso morir!"

¡Vivir! repitió levantándose bruscamente; amar! brillar!..... pronto y mucho!.... Morir de un rayo, cuando la copa se ha agotado!....

Dió vuelta á la cabaña, y se trepó encima de las piedras medio separadas que servían de techo.

Desde allí dirigió de nuevo su mirada ansiosa sobre la mar, cuyas ondas enrojadas por el sol poniente rizaba la brisa.

Una nube se extendió por su frente.

Pero de pronto su mirada se iluminó. Acababa de percibir una embarcacion ligera, que viraba de bordo bajo el viento de Stromboli.

Estaba precisamente en el centro de aquel radiante abanico formado por los rayos del sol, reflejados en el agua.

Por esto era por lo que Athol no la habia percibido desde luego.

—Veamos si tienen buenos ojos! dijo con toda su alegría natural, que habia recobrado.

Ató su pañuelo blanco al extremo del mango de la pala, y lo elevó encima de su cabeza:

La brisa sostuvo la tela, é hizo flotar los pliegues de aquel microscópico pabellon.

Algunos minutos pasaron.

—Ruggieri está buscando su antejo de larga vista, dijo Athol riéndose.

En el momento en que concluia de pronunciar esas palabras, un ancho estandarte negro flotó en el extremo de la embarcacion.

—Bien, muchosos, bien! exclamó alegremente Athol. Si os dais prisa, llegareis á la hora precisa!

Agitó su pañuelo como para responder á una señal, y brincó del techo de la cabaña al suelo.

Un instante despues bajaba el montecillo, y subia por el rio arriba. El sendero estaba muy lleno de obstáculos, aun cuando conservaba esas profundas escavaciones que indicaban la explotacion de cantera que se hiciera en otro tiempo. Al cabo de diez minutos de marcha, el suelo del valle se levantaba rápidamente. El rio tenia sucesivamente un media docena de caidas, las unas de dos, las otras de tres ó cuatro pasos napolitanos.

A la altura de la quinta caida, comenzaba el pantano creado por la antigua presa.

El horizonte se ensanchaba al propio tiempo, y grandes bosquecillos de fresnos y morales, que ciertamente no habian brotado en un pantano, indicaban el cambio que el suelo habia sufrido.

Athol miraba cada objeto con interes. Trataba con empeño de orientarse. Hubiera podido decirse que en aquel lugar desconocido para él, procuraba guiarse por quién sabe qué misteriosas señales.

—Ese buen Battista no mentia, murmuró al fin con cierto acento de pique en la voz; no hay, vive Dios! nadie..... absolutamente nadie en este Martorello maldito!.... Nada! nada!.... un antiguo habitante de este valle podria tal vez, aunque á duras penas, guiarse.... pero lo que soy yo, pierdo mi trabajo!....

Se detuvo en la cima de una colina pequeñita que dominaba el pantano, y cuya pendiente estaba cubierta de alóes y de cactus cubiertos de flores.

Al pié de la colina, un monton de piedras blancas se bañaban en el pantano y se perdian casi bajo las yerbas que brotaban del suelo.

El caballero sacó de un bolsillo secreto de su cartera, un papel amarillento y sucio, cubierto de una escritura sumamente fina. En el re-

verso había una especie de dibujo, groseramente ejecutado con la pluma. Parecía un plano.

Athol lo examinó minuciosamente.

—Pues eran inmensas estas fraguas! pensó en voz alta. Esto era una verdadera ciudad!... Pero cómo podrá uno guiarse en medio de estas ruinas?... No queda ni una pulgada de pared regular sobre el suelo!.....

En el momento en que pronunciaba estas palabras, atrajo sus miradas una masa parduzca que yacía entre los juncos.

Acercóse Athol, y percibió que era una cruz de piedra, agujerada en el punto de intersección de los brazos. El agujero formaba una especie de nicho, en el cual había una *madona*.

—La cruz existe en el plano! exclamó! Tengo pues un punto de partida!..... ahora sí puedo hallar mi camino!

Volvió á la colina, que se elevaba, polvosa y tostada por el sol, en medio de aquel mar de fango. Estendió allí su plano, y comenzó á marcarlo con puntos.

Sin dejar de trabajar, pensaba y se decía á sí mismo, interiormente:

—Mi corazón palpita.... me intereso en esto mas de lo que es creíble!..... Desde el principio hasta el fin, esta aventura tiene para mí cierta cosa de extraño y solemne!..... Es un hecho! cómo explicarlo?..... Conmovido, yo que he pasado sin emoción por tantas otras aventuras, mucho mas raras, mucho mas imponentes!....

Cómo explicar los esfuerzos que he hecho, á través de una vida tan llena de peripecias, para hallar á ese oscuro servidor, á ese Manuel á quien iba dirigida la carta del muerto?

Y cómo explicar la alegría pueril que he experimentado al depositar sobre su cabecera, en la posada de Salerno, esa carta que he guardado durante siete años como un importuno depósito?

Estaba ausente. No le aguardé cuatro horas enteras en medio del camino? No sentí muchísimo haber partido sin verlo, como si se hubiera tratado de mi mejor amigo?

Por qué?

Qué es para mí ese pobre hombre, y qué me importan todas estas cosas?

No tengo nada de comun, nada, con ese Mario Monteleone. Jamas le he encontrado durante su vida; por qué, pues, su fantasma ha turbado tan frecuentemente mis noches?

Por qué su nombre, cuando le oigo pronunciar, me hace estremecer?

Por qué existe en mí su recuerdo como el de un maestro venerado?

Me habría aceptado y reconocido por su discípulo, él, que era tan puro, él, que era tan santo?.....

Cómo es que yo, que he olvidado en mi vida tan importantes deberes, no tenga ahora ni reposo, ni descanso, sino hasta haber cumplido ese mandato que salía de las profundidades de una tumba?

Cómo es que yo, que he disipado tantos tesoros, he guardado este papel hallado por casualidad?

Cómo es, en fin, que yo, tan olvidadizo é inconstante, no he perdido jamas, ni por un solo día, la memoria de ese lúgubre calabozo, en donde quedaba algo del último suspiro del justo? Y que estoy aquí, después de tantos años, solo, en medio de esta ciudad muerta, corriendo tras de no sé qué, como un sonámbulo ó como un loco?...—

Suspiró profundamente, y se puso el revés de la mano sobre la frente, que tenía cubierta de sudor.

—Es que, se respondió á sí mismo, quisiera en vano negarlo; si no obro aquí contra mi voluntad, hay, á lo menos, no sé qué que dirige mi voluntad!..... Una fuerza que no está en mí mismo, pero que no me es hostil, puesto que no se me ha ocurrido nunca la idea de rechazarla; me dirige y yo marchó..... Es el destino..... es Dios.... y estoy seguro de que me encuentro aquí frente á frente de algo grande!..... Sea ello un tesoro, ó sea un secreto!.....—

Se habla así, interiormente al principio; luego, el pensamiento se formula, y las palabras brotan de los labios.

Los monólogos del teatro no son una mentira, sino porque se les comienza en voz alta.

Athol había pronunciado con fuego esta última frase, y su emoción había llegado á su colmo.

Las gentes como él, escuchan sus impresiones. Lo imprevisto, lo dramático de su existencia, trasporta su pensamiento, á cada instante, á regiones desconocidas de los sabios, de los cuerdos. Ellos esperan mas. Su existencia, que es una verdadera novela, ensancha sin cesar el dominio de la realidad.

Cierto es que Athol buscaba en aquel lugar una de esas dos cosas, y tal vez las dos: un tesoro y un secreto.

No pudo menos de experimentar frío en las venas, cuando oyó entre los rosales silvestres y las yerbas agitadas por la brisa de la tarde, un sonido vago y prolongado, que se asemejaba á una carcajada de risa.

El sol se ocultaba ya detrás de la montaña, y las sombras crepusculares descendían rápidamente.

—Hay alguno aquí? preguntó enderezándose.

No obtuvo ninguna respuesta.

El viento era el único que murmuraba entre la maleza.

—Cuando se hace oficio de niño, murmuró nuestro aventurero, se

vuelve uno miedoso como la infancia. Estoy buscando una aguja en un pajar. . . . es justo, pues, que oiga el viento burlarse de mí.

—Veamos! se interrumpió el pabellon de mármol; estaba en el centro de la gran pared, al Sudoeste de la fragua. . . . si supiera siquiera en dónde estaba la fragua?

—Aquí! pronunció distintamente una voz, que salía del bosquecillo de moreras, al cual daba Athol en aquel momento las espaldas.

Volvióse, y no hizo mas que dar un brinco para llegar hasta el bosquecillo.

La tarde no estaba aún tan sombría, que fuese posible ocultarse en aquel lugar, el mas escampado de todo el pantano.

Sin embargo, Athol no vió á nadie.

En cambio, á la derecha del bosquecillo, cosa que hasta entonces no habia notado, percibió un vasto paralelogramo truzado al raz del suelo por los cimientos de una gruesa pared.

Un edificio muy grande debia haberse levantado en aquel sitio.

—Gracias, duende! dijo en voz alta. Ya acabaremos por encontrar lo que quiero, si tú pones de tu parte un poco de buena voluntad!

El viento refrescaba rápidamente, y silvaba entre las ramas del bosque.

Aquello era todo.

Nada de humano se mezclaba á los ruidos del valle.

Athol se trepó sobre el tronco de uno de los árboles, que estaban medio recostados, porque la humedad habia aflojado sus raices.

Miró atentamente en torno suyo.

—El pabellon de mármol debia estar aquí! dijo señalando con la vista un montecillo de tierra, situado entre el bosque y la colina, en cuya cima habia dejado su plano, su pala y su pico.

—No! respondió claramente la voz del sér invisible que habia hablado ya.

—En dónde? preguntó nuestro jóven aventurero.

La voz pronunció, como lo habia hecho ya una vez:

—Aquí!

La mirada de Athol se fijó en el lugar donde habia salido el sonido. Vió con un indecible asombro una forma humana que parecia de mármol; tan brillante así era su blancura.

Se parecia á una muger. El crepúsculo no tenia ya mas que indecisos resplandores.

La muger estaba en pié, sobre la colina, en el sitio mismo en donde Athol habia descansado un instante antes.

—Quedaos! no huyais! dijo, porque le parecia que aquel sueño iba á desvanecerse.

Al propio tiempo se dirigió hácia la colina, ya no corriendo, sino con ese paso tímido y lleno de precauciones, como el que toman los niños para no azorar á la pintada mariposa, objeto de su anhelo.

La vision no se movió.

Era una muger en efecto. A los últimos resplandores del crepúsculo, se la veia bella y grande, vestida con un traje blanco y una especie de manto encima del mismo color.

Un velo blanco tambien, que detenia con una mano, flotaba en torno de su cabeza pálida, coronada de luengos cabellos negros.

—Y por qué habia yo de huir, señor? dijo ella estendiendo su brazo hácia Athol. Erais noble y bueno cuando yo vivia. . . . me amábais. . . . Cómo no he de acordarme que teníais los ojos llenos de lágrimas de ternura el dia que cambiamos nuestros corazones delante del altar de la Santísima Virgen, en la iglesia del Corpo-Santo? Vos habeis permanecido jóven y hermoso, Mario Monteleone. Pero, escepto vos, todo está aquí como yo. . . . como yo que estoy muerta!

—Una loca! pensó nuestro aventurero, que no estaba de humor de necerse mucho tiempo con ideas del otro mundo.

Y sin embargo, el nombre de Mario Monteleone, pronunciado en aquel lugar, producía sobre él una impresion extraordinaria.

La loca, porque realmente era una pobre insensata, prosiguió con lentitud:

—No me admira, conde, que no reconozcas á tu muger. . . . puesto que no conoces ya tu casa!

El viento desplegó el velo blanco, y le hizo flotar en torno de su rostro.

Ella cruzó los brazos sobre el pecho.

Athol estaba al pié del montecillo, y la contemplaba.

—Cuán maravillosa debe haber sido la hermosura de esta muger! se decia á sí mismo.

Pero queriendo á lo menos aprovecharse de su manía, le preguntó:

—Aquí era en efecto el pabellon de mármol?

—Aquí! respondió ella con una sonrisa tristísima.

Y luego añadió:

—De qué puede acordarse, si ha olvidado esto?

—Y debajo del pabellon, volvió á preguntar Athol, habia un lugar subterráneo?

—Un precioso lugar, murmuró la loca; la noche de nuestras bodas, estaba todo cubierto de flores.

—Cavando la tierra en el sitio en que estoy, dijo el aventurero, hallaré ese lugar?

La loca bajó del montecillo. Su pié parecia reconocer el terreno.

—Aquí! dijo al fin, marcando un punto con el extremo de su pié. Athol empuñó su pico, y comenzó inmediatamente á trabajar. La luna, en su primer cuarto, se apareció sobre el borde de las nubes, y derramó su débil luz á través de las ramas de los árboles. La loca se sentó al pié de la colina.

—Eras muy fuerte en otro tiempo, le dijo; pero las piedras de las bóvedas son tan pesadas!..... Y qué vienes tú á buscar en esta tumba?

Después de una docena de golpes, el pico sonó contra el mármol.

—No hay una entrada? preguntó Athol, cuya frente se había cubierto ya de sudor.

La loca se sonrió.

—Ya no lloro nunca..... murmuró ella; y para esto me ha sido preciso sufrir mucho..... sufrir y morir..... Pero lo que soy yo, me acuerdo!..... cómo has perdido tú la memoria?

Athol soltó el pico con que trabajaba, y fué á tomarle la mano. Ella no hizo ningún movimiento.

Athol esperiméntó un frío glacial, como al contacto de una mano de piedra.

—Os suplico, le dijo dulcemente, que me señaleis dónde debo cavar para hallar la entrada!.....

La loca clavó en él una mirada fija, pero apagada.

—Cómo! dijo. Ya no te acuerdas!..... y fuiste tú, sin embargo quien hiciste tapiar la puerta el día que yo morí!.... Querías que el templo de nuestros juveniles amores, quedase cerrado para siempre, como una tumba.... Ah! tú me amaste mucho!....

Su cabeza se inclinó sobre su seno, y sus profusos cabellos inundaron y cubrieron su rostro.

—Cuáles son los designios de Dios?.... murmuraba; aquel que debía ser ahora un viejo, tiene rizos sedosos en torno de una frente sin arrugas....

Luego, levantándose de pronto:

—Eres tú realmente Mario Monteleone? le preguntó ella.

Antes que Athol hubiera podido responder, resonó un tiro, cuya vibración se prolongó por todo el valle.

Casi al mismo tiempo se percibió un sonido, ora preciso y claro, ora lejano y moribundo, conforme á los caprichos del viento que lo traía del fondo del Martorello.

Eran las campanas del convento, que tocaban á muerto!

Al oír el tiro, la loca se estremeció violentamente.

Luego se puso á escuchar el sonido de las campanas, frotándose los ojos como al despertar de un sueño.

Y miraba al jóven aventurero con una especie de terror.

—Qué es eso? preguntó éste.

—Es la voz de la venganza! murmuró la loca, es la oración!.....

A quién vengan?... á un muerto!..... Por quién oran?... por un muerto!!!.....

Temblaba con todo su cuerpo, y retrocedía poco á poco.

—El muerto á quien vengan.... pronunció con esfuerzo; el muerto por quien oran..... eres tú!..... eres tú!

Athol la vió vacilar, y se lanzó para sostenerla.

—Por tí son los asesinatos, balbuceó; por tí es el toque á muerto!.... Vaya!! he aquí que ya me acuerdo!..... hace siete años que te han depositado bajo de la tierra!!!.....

Se cogió la cabeza con ambas manos.

—Oh!..... oh!..... oh!..... dijo lanzando tres gritos desgarradores; tengo miedo de no estar muerta!..... Si no fuera á estar mas que loca!.... Mis hijos!.... quién me ha hablado de mis hijos?..

Sus brazos cayeron desfallecidos, á lo largo de su cuerpo.

El viento trajo mas claro y mas fuerte el sonido lúgubre de las campanas.

—Ya voy allá!..... ya voy allá! respondió la loca á este llamamiento; no se comenzará sin mí, que soy la viuda!

Su vestido blanco se deslizó de entre las manos de Athol. Desvaneciéndose como una vision. Athol, que la buscaba con la vista, por entre los troncos de las moreras, percibió tan solo los pliegues de su vestido flotar al viento sobre las rocas de la cueva.

Un instante después, la loca se había perdido entre las sombras de la noche.

Athol permaneció inmóvil. Sus ojos se inclinaron pensativos; luego dejó caer su cabeza.

Permaneció mudo durante muchos instantes.

—Sus hijos!..... murmuró al fin. Tenia hijos..... sí, ya yo lo sabia!..... El mayor tendrá hoy la edad de un hombre.... la niña, casi está hoy en los límites de la infancia. Esta es su madre.... esta perdió la razon el día en que tapiaron esta puerta de mármol!

Su talón golpeó la piedra, que produjo un sonido sordo.

Su pico descansaba sobre el suelo. El caballero se apoyaba sobre el mango, sin pensar ya en trabajar.

—Han muerto, ó viven aún?... replicó después de un nuevo silencio. Les han dado muerte?... y por qué han dejado vivir á esta muger?.....

Ah! ah! se interrumpió riéndose con esfuerzo; estoy yo aquí mismo por mí ó por otros?..... Voy decididamente á hacerme enderezador

de entuertos y caballero andante?... Soy el tutor de los huérfanos?... Voy á enredarme en esta diabólica historia?....

Empuñó con cólera el pico; pero no dió ningun golpe.

—Y aun cuando así fuese! exclamó; la primera emocion grave y buena que ha experimentado mi corazon, la debo al testamento de ese santo que es ahora un mártir que ruega á los piés de Dios..... No estaba dirigido á mí..... le obtuve por el solo esfuerzo de mi voluntad, despues de siete dias y siete noches de estudio para descifrar esta inscripcion, trazada con caracteres misteriosos sobre la pared del calabozo..... aquí está transcrita con mi sangre, porque no tenia yo tinta en esa prision..... aquí está en el cuello almidonado de mi camisa..... Y la leo frecuentemente, porque ella me dice que hay allá arriba una alma que ruega por mí!

Sacó de su cartera un pedazo de lienzo almidonado, sobre el cual habia escritos ciertos caracteres, con una tinta rojiza.

Estos caracteres estaban dispuestos así:

RA A⁵ROI³E²A L³NRA⁵A³OAC
 CI² E²NA³OI²RI²NA³I²
 I²M²OA MAEN RA OI²A⁴II²A⁴A DI³I²CA⁴A INA³OAA³
 CN CI²M²CI² RA DA⁵I²A⁴OA.

Encima habia escrito con caracteres corrientes:

“ En nombre de Dios Omnipotente, adivina tú mismo, ó llévale estos caracteres á alguno de los *Cavalieri Ferrai*. Si haces esto, aun cuando fueres ladrón ó asesino, Monteleone orará por tí.”

—No me dirigí á los *Cavalieri Ferrai*, prosiguió Athol con una sonrisa de victoria. Busqué..... tenia tiempo para ello..... estaba preso é incomunicado!..... Hallé la llave de este misterioso enredo, y pude leer estas palabras:

La última voluntad de Monteleone está bajo la tercera piedra, contando desde la puerta.

Bajo la piedra encontré la carta dirigida á Manuel, con este escrito en que el pobre hombre habia trazado la noche misma de su muerte el plano de estas ruinas. Pobre cabeza era la mia entonces! no tenia yo siquiera la idea de Dios, puesto que la idea de Dios que brotó en mí de pronto, me asombró é irritó mi orgullo! Me acuerdo bien de esto. Ni quién podia haberme hablado de Dios? Habia yo permanecido hasta entonces, tan pronto con los zingáros del pais de Bary, como con los piratas [de la mar Jónica, como con los contrabandistas de la costa de

Francia. Pero sabia la historia de Monteleone, el benefactor del pueblo. Los zingáros me la habian referido, los contrabandistas tambien, y lo mismo los piratas. Y me pareció que era una señal de la voluntad del cielo, que yo hubiera llegado, el primero, á ese calabozo del Pizzo en donde se habia exhalado el último suspiro del justo.

Un justo en efecto, porque su hora suprema habia estado llena de humildad y de sumision á la voluntad de Dios que lo heria!

Decia en el escrito, depositado bajo la tercera losa:

“ Era yo muy dichoso; Dios me ha herido dos veces en mi dicha
 “ Me ha arrebatado mi primogénito, cuando rejuvenecido por el amor
 “ de un ángel, me adormecia en el seno de una egoista felicidad.....
 “ Me desperté; trabajé por los que me rodeaban, pero la cólera del cielo
 “ lo no se habia aún aplacado.... Mis hijos, mis dos hijos queridos,
 “ que eran el corazon de mi adorada muger, se perdieron, y con ellos
 “ su razon.... He visto que los que me amaban, Bárbara mi prima y
 “ mis demas parientes, me contemplaban con lástima, á mí, á quien
 “ habian mirado tal vez con envidia! Así hicieron los amigos de Job....
 “ Ahora que la compasion de Dios me llama hácia él, porque nada
 “ tengo ya que esperar sobre la tierra, ¿es hora de murmurar?... A los
 “ ojos del mundo, el castigo que me hiere es injusto, porque muero fiel
 “ á Fernando de Borbon, mi señor y mi rey.... A mis ojos es un rayo
 “ de clemencia el que toca!

“ Recomiendo mi muger á mis amigos. Ella no sufre ya.... Espero
 “ bien pronto verla en una patria mejor!

“ Voy á reunirme con mis hijos que han muerto..... con mi hijo
 “ mayor, que seria hoy un hombre..... y con esos dos pobres niños,
 “ delicia y martirio de su madre.....

“ Si viven aún, que la misericordia de Dios les suscite un protector...
 “ Quisiera legarlos á Bárbara, mi piadosa prima, ó á alguno de mis
 “ amigos..... Pero Dios permite á veces que un extranjero.... Los
 “ dejo bajo el cuidado del Salvador y de la Virgen María.”

Athol habia dejado caer su pico. Su mirada seguia las líneas trazadas sobre el papel.

En esas hermosas noches de la Italia meridional, se puede leer fácilmente á los rayos de la luna. El leia con claridad.

Parecíale que esos siete años habian pasado como un sueño. No era ayer cuando habia leído por la primera vez ese testamento?

Es que la vida de Athol era en efecto como un sueño. Joven aún, como lo era, habia apurado ya todos los goces y todos los sufrimientos. Los dias pasan muy pronto para aquellos cuya existencia es un torbellino.

Athol habia vivido un siglo en pocos años; un siglo de peligros te-

merariamente desafiados; un siglo de locas orgías y de victorias amorosas, de batallas sangrientas y de embriagadora voluptuosidad.

Y este siglo, le parecía un día!

Eran muy raras las horas en que este hombre se recogía así dentro de sí mismo. No acuseis su lentitud; no acuseis al Judío errante, si pudo engañar la vigilante vista del ángel, y descansar un instante al borde del camino de su marcha eterna.

Era un insurrecto. El esfuerzo de su rebelion se habia verificado hasta entonces, de una manera ciega. Habia marchado hácia adelante como el jabalí que hiede la selva impenetrable. Habia vencido por el frívolo placer de vencer, y sin mirar mas allá del obstáculo antes de hacerlo pedazos.

El momento presente era para él solemne, no porque buscara en lo sucesivo su camino, sino porque un dedo soberano, una fuerza superior iba tal vez á marcárselo, á despecho de él mismo.

Es preciso decir las cosas tales cuales son, aun corriendo el peligro de parecer inverosímiles. Estas naturalezas no existen entre nosotros. Nuestros caracteres romancescos son de otro modo. En ese país de azufre que se funde á los rayos del sol, el alma tiene arranques que no conocemos; tiene momentos de languidez que no serian compatibles con nuestro valor.

La belleza italiana nos revela esto: es un tipo altivo, y al propio tiempo afeminado.

Athol amaba. Amaba por la vigésima vez, y siempre con todo su corazón. Era uno de esos seres privilegiados á quienes la pasión satisfecha no puede hastiar, y para quienes cada copa nueva conserva el perfume exquisito de la primera ambrosía.

Pero el amor que ahora experimentaba, difería mucho de todos sus otros amores.

Miraba desde abajo esta vez; admiraba, respetaba!

Esa locura de poeta infantil, esa hojilla de rosa, perdida y reconquistada, nos lo ha mostrado tal cual era. Si le vemos terrible y sangriento algun dia, acordémonos de la hoja de rosa.

Athol no viajaba frecuentemente en la humilde carrera de los postillones, con su maleta y su capa debajo del brazo.—Preciso es que el lector no se impaciente, ni piense ver de una sola ojeada, desde el principio, las mil apariencias de su vida.

El niño perdido entre los zingaros de Bari, el contrabandista de las fronteras de Francia, el pirata de la mar Jónica, el prisionero del Pizzo, el aventurero que hablaba con facilidad el lenguaje místico de los Compañeros del Silencio, frecuentaba aún otro mundo.

No era ni en la montaña, ni en la mar, ni bajo la tienda de los vaga-

bundos de Egipto, en donde habia encontrado á esa hermosa jóven, ángel por el nombre, por la belleza, por el corazón; á esa noble y deliciosa criatura, cuyo recuerdo le hacia arrodillarse.

Fué en Nápoles, y fué en la corte.

Athol iba á la corte; y ya veis si esto le hacia mas orgulloso!

Desde que habia visto á esa Angélica, se habia operado en él un cambio.

Cambio profundo, puesto que no habia tenido ni aun la idea de robársela.

Porque, podemos decirlo, Athol se habia robado mugeres tan bellas y tan nobles como Angélica; y esas mugeres le habian adorado como á un Dios.

Júpiter, el mas antiguo de los Tenorios, obraba de este modo, y todos los poetas griegos están acordes en preconizar las ventajas de este método.

Athol ni siquiera habia pensado en ello. El pensamiento de engrandecerse, la ambicion habia nacido en él; queria alzarse hasta el nivel de su ídolo.

El hombre no es jamas buen juez de sí mismo. Athol, al acariciar esa idea, borraba de un golpe todo su pasado.

Como si la vida fuese un libro del cual pudieran arrancarse aquí y allá ciertas páginas.

Athol queria crecer, engrandecerse. El hecho mismo de ese trabajo que se operaba en él, le hacia recordar aquel otro choque, aquella emocion ya lejana que habia experimentado, muy jóven aún, ante el legado misterioso trasmitido por la muerte: el testamento de Mario Monteleone.

Habia tenido una especie de remordimiento.

Y por eso era por lo que vagaba esta noche en las ruinas del Martorello.

Por eso, y no por otra cosa: por el muerto y por sí mismo; porque habia en él una vaga esperanza de hallar allí la primer grada de esa mística escala que debia elevarle á las alturas en donde se mecía su sueño.

—Sí! pensaba él, con la mirada fija en ese papel cuyos caracteres adivinaba mas bien que leía; sí! fué castigado. . . . cruelmente castigado! . . . y el castigo tocó tambien á la madre dichosa que oin la víspera aún, la charla deliciosa de sus dos hijos. . . . Pero, qué castigo hay pues reservado para los culpables, si los santos sufren así!

—Pido perdon á mi primogénito;—continuaba el escrito de Monteleone;—si por un instante hemos dejado de llorarlo, contemplando las dos nuevas cunas. . . . Lo reconozco aquí solemnemente por

“mi hijo mayor, Mario, conde de Monteleone..... En caso de que el cielo le haya conservado la vida, le doy la tutela de mi viuda, su madre, y de mis dos queridos hijos, su hermano y su hermana.

“Aquel á quien Dios tenga reservado el cuidado de mi última voluntad, hallará en el lugar indicado en seguida, lo que tengo de mas caro en el mundo: la fortuna y el secreto de Monteleone; el porvenir entero de su raza.....”

Seguia la súplica de hacer llegar á manos de un servidor fiel, llamado Manuel—en caso, sobre todo, de que no pudieran cumplirse personalmente las prescripciones del testamento—una carta cerrada, que estaba unida al escrito principal.

Luego venian algunas indicaciones tranquilas, precisas, y que demostraban cuánta libertad de espíritu conservaba Monteleone en aquella hora suprema.

Athol contempló el papel mucho tiempo despues de que hubo terminado la lectura.

—Para escaparme del calabozo en donde murió Monteleone, murmuró, tuve que dejar girones de mi propia carne, entre las rejas de hierro..... pero no dejé este papel..... Y sin embargo, si las gentes de allá arriba nos ven, el maestro debe decirse: En qué manos ha caído mi secreto!..... Este ha dormido siete años!.....

Su cabeza ardiendo, se apoyó contra su mano.

—Siete años!..... repitió. Era yo un niño, y no sabia nada!.... He aprendido despues..... ya sabré ahora vestirme de las armas misteriosas que acompañan á este escrito....

Se irguió, y concluyó con un tono firme:

—No te quejes, maestro, mi camino es el tuyo!..... Si he tardado, yo sabré reparar el tiempo perdido. Soy ambicioso, y amo: quiero elevarme.... Que me eleve, gracias á tí; y tu hijo y tu hija, si viven, tendrán un tutor, y tu muger un caballero..... Me apodero de esa parte de tu hereñcia que consiste en proteger á la viuda y á los huérfanos.... Pero este es un pacto, maestro; todo trabajo merece un salario, y yo no soy un santo..... Tengo necesidad de un nombre; tú me lo darás!.....

Eh! ya os oigo!—se interrumpió bruscamente, y con un gesto de impaciencia, escuchando el sonido de las campanas que parecian llamar con ánsia. Ya sé bien, que debo estar allí yo tambien!.... Sin mí, la solemnidad no estaria completa.... Pero tenemos tiempo, y todo se hará á su hora....

Volvió el papel para consultar el plano que estaba trazado con tinta en el reverso, y encima del cual se encontraban ademas algunas líneas de escritura fina y diminuta.

El pabellon de mármol, llamado *de descanso*, estaba marcado muy claramente. Era una construccion hexágona. El lado que miraba al Este, se hallaba marcado con una cruz.

—La puerta está aquí! se dijo á sí mismo Athol.

Se orientó, y cavó el suelo húmedo, á algunos piés del sitio anteriormente escarvado.

Al cabo de siete ú ocho minutos de trabajo, la corniza superior de la puerta quedó á descubierto.

Pero entonces fué cuando Athol comprendió las últimas palabras de la aparicion. Un enorme trozo de mármol, revocado con cemento de Puzzole cerraba la abertura.

—Mi pico no puede nada contra este obstáculo! se dijo á sí mismo; y no tengo tiempo para hacer un sitio en regla!

Habia salido de su meditacion desde que se habia tratado de poner manos á la obra, y al presente trabajaba con empeño.

Auxiliado por la pala, limpió el agujero.... La losa de mármol producía un sonido grave y lleno, lo cual probaba que era de un espesor considerable.

Athol se sonreia, no obstante, con el sonido de las campanas. Tenia la llave de aquella inexpugnable barrera.

Cuando volvió á empuñar el pico, fué para dar pequeños, pero repetidos golpes, siempre en el mismo punto, de manera que se formara un agujero cilíndrico, por el despolvoreo del cemento y del mármol.

Mas de una vez se limpió la frente antes de haber terminado su tarea. En cierto momento se estremeció, y se puso la mano sobre el corazon.

—Angélica! murmuró; mi corazon palpita así cuando la adivina.... Angélica debe estar cerca de mí!.....

Se ruborizó, y una sonrisa escéptica brotó sobre sus lábios. El carácter del siglo se refleja aun en los mas romancescos. Tratan cuando menos de escusar su *sentimentalismo*, con un poco de burla y escepticismo.

—Afortunadamente, dijo, me he enamorado una vez cada mes de esta manera.... No es una cosa peligrosa!

¡Vive Dios! exclamó en un arranque de cólera contra sí mismo; que si mi criado Cucuzone hablase así, le aplastaria!

He aquí para lo que sirven los criados de comedia; para censurar los momentos de debilidad de sus amos.

Cuando no tiene uno á su lado á estos patanes, no tan solo se ve uno obligado á servirse á sí propio, sino que de mas á mas, tiene que hacerse burla.

Nuestro Athol pidió humildemente perdon á Angélica, por el movi-

miento de burla que había tenido, y protestando enmendarse, juró por su salvacion que no había amado á muger alguna como á ella.

En cuanto á la cuestion de saber si respiraba el mismo aire que ella en aquel momento, no había apariencias de que fuera así. Angélica, una de las mas bellas y ricas herederas de la nobleza napolitana, estaba sin duda, en aquella hora, en el balcon de su palacio, contemplando esa mar radiante que baña las costas de Caprea, y que los rojizos relámpagos del Vesubio iluminan á veces con sangrientos resplandores; ó tal vez se hallaba en la azotea de ese otro palacio, maravilla de Palermo, orgullo de Sicilia, cuya blanca columnata se refleja en el golfo, frente á frente del Cabo di Gallo.

Nuestro aventurero elevaba sus pretensiones muy alto. Angélica, su ídolo, era la hermana del conde Loredano Doria, el favorito mas querido del rey de Nápoles.

Las campanas del convento de Corpo-Santo doblaban sin cesar, y la punta del pico desaparecia ya toda entera en el agujero cavado por Athol.

Este, tomó una vez aún en la mano su manuscrito.

Leyó estas líneas que estaban trazadas sobre el plano:

“Conjuro en nombre de Dios, á aquel que se haga ejecutor de mi voluntad, á que pronuncie, antes de entrar al santuario en donde está todo lo que tengo de mas caro en el mundo, un juramento por Cristo, si es cristiano, por la honra de su madre si no cree en la divinidad de nuestro Redentor, de que no se servirá del arma oculta aquí, sino para bien de mis hijos.”

—Vamos, viejo conde, alégrate! dijo Athol con cierta emocion en la voz; sea cual fuere el tesoro, sea cual fuere el misterio ocultado tan cuidadosamente por tí, soy cristiano, y juró por Jesucristo emplearlo en la salvacion y brillo de tu raza!... Estás contento?...

La hora de las fantasmagorías había pasado. La soledad no tuvo voz ninguna para responder á esta pregunta.

Pero pareció que el sonido de las campanas lejanas, que eran tambien la voz de la muerte, llegaba con cierto tono de alegría en las alas caprichosas del viento.

Athol abrió su maleta, sacó su polvorin, y derramó su contenido todo en el agujero que había practicado.

Luego, con su piedra y su eslabon de fumador, encendió una larga tira de yezca, cuya estremidad introdujo en el agujero. La otra punta, la que estaba encendida, quedó colgando para afuera.

El aventurero fué á acostarse del otro lado de la colina, contra el suelo, y aguardó.

Al cabo de dos ó tres minutos tembló el suelo, y una granizada de piedras cayó en torno suyo.

Los ecos del valle repitieron sucesivamente el estruendo de la explosion: hubiérais dicho que era un interminable trueno.

Athol se levantó entonces. La losa de mármol había caído.

Los rayos de la luna, penetrando por aquella ancha abertura, iluminaban un gracioso nido de mármol blanco, cuyas paredes estaban adornadas con mosaicos.

Había dentro un lecho nupcial y dos cunas.

Athol penetró, lleno de recogimiento el corazón, y con la cabeza descubierta.

VII.

HERMANO Y HERMANA.

ERAN estos tambien dos niños perdidos; dos niños que nunca habían conocido á su padre ni á su madre.

Pero es imposible hallar dos principios en la vida mas diferentes, ni que formaran un contraste mas completo.

Hasta donde Athol podia acordarse, buscando en las profundidades de lo pasado, hallaba siempre la tempestad en torno de su barca. Ni una hora de reposo: el ruido, el movimiento, la batalla, la orgia, la tienda de los zúngaros, las cavernas que sirven de guarida á los contrabandistas, la falúa meciéndose sobre las ondas... tales eran sus primeros recuerdos.

Luego la lucha, el amor precoz, las aventuras.